

Democracia, Educación Superior Y El Espectro Del Autoritarismo¹

Democracy, Higher Education, And The Specter Of Authoritarianism

Henry A. Giroux²

Resumen

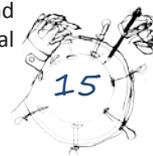
En este artículo, Giroux plantea que cualquier análisis de la educación superior debe situarse en el escenario de la crisis más amplia de la democracia que ha impactado en los Estados Unidos y Europa desde la década de 1970. Esta crisis fue generada por una forma salvaje de fundamentalismo de libre mercado, que ha socavado la democracia y la ha transformado en una forma de autoritarismo única en el siglo XXI. En este contexto, se desfinancia la educación de todos los niveles y se la define como un sitio de entrenamiento en vez de un sitio de pensamiento crítico, diálogo y pedagogía crítica, mientras que la cultura popular – colonizada por las corporaciones y cada vez más puesta al servicio de la reproducción de una política de consumismo y el analfabetismo social- se erige como una fuerza educacional poderosa. La educación superior en particular se ha transformado en co-conspiradora de la usurpación neoliberal del orden social; su creciente corporativización ha debilitado su rol como esfera pública democrática y sitio vital donde los estudiantes pueden aprender a abordar cuestiones sociales importantes, a ser auto-reflexivos, y a aprender los conocimientos, valores e ideas centrales para profundizar y expandir sus capacidades para transformarse en agentes comprometidos y críticos. La educación superior tiene el deber no sólo de buscar la verdad, sin importar a dónde esto conduzca, sino también de educar a los alumnos para que hagan a la autoridad y al poder política y moralmente responsables.

Giroux concluye que la educación superior es una de las pocas esferas públicas que retienen el potencial de sustentar una cultura formativa democrática y anima a los intelectuales públicos para que cumplan la promesa de la democracia, la educación como práctica de la libertad y las demandas de justicia.

Palabras clave: Democracia; Educación Superior; Autoritarismo.

Abstract

In this article, Giroux claims that any analysis of higher education should be situated within the broader crisis of democracy that has impacted the United States and Europe since the 1970s. Such crisis has been triggered by a savage form of free-market fundamentalism, often called neoliberalism, which has undermined democracy and transformed into a form of authoritarianism unique to the twenty-first century. In such scenario, education at all levels is increasingly defunded and defined as a site of training rather than as a site of critical thought, dialogue, and critical pedagogy, whereas popular culture - largely colonized by corporations and increasingly used to reproduce a culture of consumerism and social illiteracy- constitutes a powerful educational force. Particularly, higher education has become a co-conspirator in the neoliberal takeover of the social order; its increasing corporatization has undermined its role as a democratic public sphere and a vital site where students can learn to address important social issues, be self-reflective, and learn the knowledge, values, and ideas central to deepening and expanding their capacities to be engaged and critical



agents. Higher education has a responsibility not only to search for the truth regardless of where it may lead, but also to educate students to make authority and power politically and morally accountable. Giroux concludes that higher education is one of the few public spheres left with the potential to sustain a democratic formative culture and urges the public intellectuals to making good on the promise of democracy, education as a practice of freedom, and the demands of justice.

Keywords: Democracy; Higher education; Authoritarianism.

Para citar este artículo:

Giroux, H.A. (2015). Democracia, Educación Superior Y El Espectro Del Autoritarismo. En *Revista Entramados-Educación y Sociedad*, Año2, No. 2, Septiembre 2015 Pp. 15-27.

Cualquier análisis de la Educación Superior requiere ser comprendido dentro de la crisis mayor de la democracia que impacta en los Estados Unidos y Europa desde la década del setenta, conjuntamente con el ascenso del terrorismo de estado que se ha intensificado luego de los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono el 11 de Septiembre del 2001. Lo que hemos visto en un número de países ha sido el emergente de una forma salvaje de fundamentalismo del libre mercado, frecuentemente llamado neoliberalismo, en el cual no sólo hay una desconfianza profunda de los valores públicos, los bienes públicos y las instituciones públicas, sino también una resuelta acogida a una ideología de mercado que acelera el poder de la élite financiera y de los grandes negocios. Juntos, los varios regímenes del neoliberalismo han destruido las culturas formativas y las instituciones necesarias para la supervivencia de la democracia, mientras las instituciones de la sociedad se ubican en las manos de los poderosos intereses corporativos y de los fanáticos de la Derecha, cuyo sofocante control sobre la política hacen corrupto y disfuncional lo que queda de la ética democrática (Bourdieu, 1998; Duménil & Levy, 2011; Giroux, 2008; Giroux, 2013b; Hall, 2011; Harvey, 2007; Leys, 2001; Martin, 2002; Saad-Filho & Johnston, 2005; Steger & Roy, 2010).

El neoliberalismo contemporáneo es una etapa actualizada y más despiadada de la historia del capitalismo moderno; excede en su avaricia al fundamentalismo del libre mercado popularizado por la búsqueda del Neoliberalismo de Friedrich Hayek y Milton Friedman para la consolidación del poder de clases, el cual ahora tiene alcance global inclusive al mostrar una brutal falta de consideración por el contrato social (Hayek, 2007; Friedman, 2002). Como ha argumentado Robert McChesney, puede ser comparado a un "liberalismo clásico a muerte" (McChesney, 2014). En otras palabras, el neoliberalismo es liberalismo sin culpa o sin ninguna voluntad de hacer concesiones políticas – una forma más predatoria de fundamentalismo de mercado que es tan despiadado como ortodoxo en su ignorancia de la democracia. El viejo liberalismo creía en los suministros sociales y en parte reclamaba justicia social y económica. El neoliberalismo, por el contrario, considera los discursos de igualdad, justicia, y democracia bizarros, o directamente peligrosos. Busca trivializar todo lo público, destripar la vida pública, y destruir cualquier noción del bien común. Más que una simple intensificación del liberalismo clásico, el neoliberalismo contemporáneo representa una confluencia, una coyuntura histórica, en la cual los elementos más viciosos del capitalismo se han unido para crear algo nuevo y más severo, amplificado por la financiación del capital y el desarrollo de un modo de soberanía corporativa que no toma prisioneros.

En este último estadio de capitalismo depredador, el neoliberalismo es parte de un proyecto más amplio de restitución del poder de clase y consolidación de la veloz concentración del capital. Es un proyecto político y económico que constituye una ideología, modo de gobierno, política y forma de pedagogía pública. Como ideología, concibe al lucro como la esencia de la democracia, al consumo como la única forma operativa de ciudadanía, y sostiene la creencia irracional en el mercado como clave para la resolución de todos los problemas y modelo para la estructuración de todas las relaciones sociales. Como modo de gobierno, produce identidades, sujetos, y modos de vida libres de regulaciones gubernamentales, conducido por una ética de la sobrevivencia del más apto, fundamentado en la idea del individuo libre, posesivo y comprometido



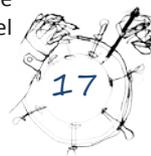
con los derechos de las clases e instituciones dominantes para acumular riquezas, abstraído de cuestiones éticas y de costo social. Como política y proyecto político, el neoliberalismo está casado con la privatización de los servicios públicos, la venta de las funciones del estado, la desregulación del trabajo y las finanzas, la eliminación del estado benefactor y los sindicatos, la liberación del mercado de bienes y de la inversión de capital, y la transformación de la sociedad en un mercado o una mercancía. Como forma de pedagogía pública y política cultural, el neoliberalismo define a todas las dimensiones de la vida en términos de racionalidad de mercado. Una consecuencia es que el neoliberalismo legitima una cultura de la crueldad y de competencia feroz, y libra una guerra contra los valores públicos y aquellas esferas públicas que desafían la regla y la ideología del capital. Debilita las bases democráticas de la solidaridad, degrada la colaboración y desgarrar todas las formas de obligación social.

Bajo el régimen del neoliberalismo, la democracia ha sido socavada y transformada en una forma de autoritarismo única en el siglo XXI. Lo que es distintivo de este nuevo modo de autoritarismo es que es conducido por una clase criminal de élites políticas y financieras poderosas que se niegan a hacer concesiones políticas (Ferguson, 2013; Currie, 1997). Estas élites no tienen alianzas con los estados-nación y no se interesan por el daño que ellas pueden hacerle a los trabajadores, al medioambiente o al resto de la humanidad. Son sociópatas desquiciados, sacados de lo que el movimiento *Occupy* llama el "99 por ciento" (Derber, 2013). Ellos son la nueva clase cerrada que flota sobre las fronteras nacionales, leyes y formas de regulación. Son una élite global cuya tarea es transformar a los estados-nación en instrumentos para aumentar sus posesiones y poder. El nuevo autoritarismo no es equivalente a una crisis de la democracia: se trata también de los límites que se ciñen sobre el significado de la política y del borramiento de aquellas instituciones capaces de producir agentes críticos, comprometidos y socialmente responsables. Este tobogán hacia la forma de autoritarismo de mercado aparece cada vez más en el campo de la política. El dinero ahora conduce la política de los Estados Unidos y de un número de otros países. El

congreso y los dos principales partidos políticos se han vendido al poder corporativo. Las campañas son ampliamente financiadas por la élite financiera, tales como los hermanos Koch de la Derecha, Sheldon Adelson, grandes corporaciones de defensa como Lockheed Martin e instituciones financieras clave, como Goldman Sachs. Como ha señalado un informe de la Universidad de Princeton del año 2013, la política en Washington no tiene nada que ver con los deseos de las personas sino que está totalmente definida por las corporaciones extremadamente ricas, facilitada además gracias a *Citizen United* y un número de otras leyes sostenidas por la mayoría conservadora de la Suprema Corte (Gilens & Page, 2014; McKay, 2014). Por consiguiente, no debería ser una sorpresa que los investigadores Martin Gilens y Benjamin Page de la Universidad de Princeton hayan llegado a la conclusión de que los Estados Unidos son básicamente una oligarquía, donde el poder es ejercido por un pequeño grupo de élites (Gilens & Page, 2014). Como ha afirmado Chris Hedges, "no hay ninguna institución nacional que se pueda describir exactamente como democrática" (Hedges, 2010).

Las sociedades neoliberales, en general, existen en un perpetuo estado de guerra – una guerra librada por las élites políticas y financieras contra los grupos de bajos ingresos, los ancianos, las minorías de color, los desocupados, los sin techo, los inmigrantes y cualquier otra persona que la clase dominante considere desechable. Pero las poblaciones descartables relegadas a la exclusión terminal ahora incluyen estudiantes, jóvenes desocupados, y miembros de la clase trabajadora tanto como de la clase media sin recursos, trabajo o esperanza. Ellos son los sin voz y sin poder cuyo sufrimiento está envuelto por la presencia fantasmal de la estupidez moral y de la naturaleza criminógena del neoliberalismo. Ellos son los miedos más grandes del Neoliberalismo, y una amenaza potencial en una sociedad que ha capitulado ante las fuerzas del mercado.

Lo que es especialmente perturbador del neoliberalismo en los Estados Unidos de hoy es que el contrato social y el salario social no tienen defensores; ellos fueron destruidos por los políticos y los intelectuales que están en contra de lo público en ambos lados del



espectro político. La libertad es reducida a forraje por comerciales necios o eslóganes vacíos utilizados para igualar el capitalismo y la democracia. En otras palabras, las esferas y las instituciones públicas que sostienen los suministros sociales y mantienen los valores públicos vivos en los Estados Unidos han sufrido un ataque sostenido. Tal agresión no sólo ha producido una variedad de políticas que han expandido la miseria, el sufrimiento y las penurias de millones de personas, sino que también ha reforzado una cultura creciente de la crueldad en la cual aquellos que sufren las desgracias de la pobreza, la desocupación, los trabajos menos calificados, la falta de vivienda, y otros problemas sociales son objeto tanto de humillación como de desprecio (Giroux, 2013a).

Al mismo tiempo, la libertad y los derechos civiles sufren un ataque directo mientras el racismo se extiende a través de la cultura americana como fuego, ejemplificado en tendencias tales como el acoso policial a los jóvenes negros o latinos (Mathis, 2014; Alexander, 2012; Rios, 2011). Un racismo persistente también puede verse en los ataques a las leyes del derecho al voto, la encarcelación masiva de varones afroamericanos, y los improperios racistas que se han vuelto comunes entre los Republicanos de derecha y los del tipo Tea Party, muchos de los cuales apuntan al Presidente Obama (DiMaggio, 2011). Mientras tanto, los derechos reproductivos de las mujeres están siendo agresivamente debilitados, y existe un continuo ataque a los inmigrantes (Feld, 2007). La educación en todos los niveles está cada vez más desfinanciada y definida como un lugar de entrenamiento más que un sitio para el pensamiento crítico, el diálogo y la pedagogía crítica (Giroux, 2012).

Además, la democracia norteamericana ha sido no menos que aplastada por el surgimiento de la seguridad nacional y del estado de guerra permanente. Esto es evidente no solamente en interminables guerras en el exterior. Como ha dejado en claro Edward Snowden, los Estados Unidos es ahora un estado de vigilancia-seguridad que ilegalmente recoge enormes cantidades de información de diversas fuentes acerca de ciudadanos que no son culpables de ningún crimen (Greenwald, 2014). También la aprobación de una serie de leyes como la Ley Patriota, la Ley de la

Comisión Militar, la Ley de Autorización de Defensa Nacional, y muchas otras han hecho trizas el debido proceso al darle al poder ejecutivo el derecho de mantener prisioneros indefinidamente sin cargos ni juicio, autorizando una lista presidencial de muertes, y realizando una injustificada intervención de teléfonos. Ambos Bush y Obama reclamaron el derecho a matar a cualquier ciudadano considerado terrorista o colaborador del terrorismo. Asesinatos con objetivos específicos son ahora llevados a cabo comúnmente por drones que son conocidos por matar niños, adultos o transeúntes inocentes (Greenwald, 2014). Existe además el descarado ejercicio realizado por Bush, y en menor medida por Obama, de la tortura aprobada por el estado sumada a la negativa de parte del gobierno de procesar a aquellos agentes de la CIA y otros que han estado involucrados voluntariamente en abusos sistemáticos que son propios de los llamados crímenes de guerra.

Con la publicación del reporte sobre la tortura del Comité de Inteligencia Selecto del Senado, ha quedado claro que como secuela del ataque terrorista del 11 de Septiembre, Estados Unidos entró en una nueva y salvaje etapa en su historia, en la cual los actos de violencia y de depravación moral no solo fueron adoptados sino también celebrados.³ Ciertamente, esto no es para sugerir que Estados Unidos no ha estado involucrado en actos criminales e ilegales históricamente, o ha realizado actos de brutalidad que serían clasificados como actos de tortura. Eso queda claro acerca de nuestra historia e incluye no sólo el apoyo y participación en actos de violencia indiscriminada y tortura practicada a lo largo y junto a las dictaduras de derecha de Latinoamérica en Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil en la década del setenta, sino también a través del asesinato obstinado y tortura de civiles en Vietnam, Iraq, y luego en Guantánamo, Abu Graib y Afganistán. La tortura no es extraña para los Estados Unidos ni tampoco está libre de la complicidad de haber asistido a otros países conocidos por sus abusos a los derechos humanos. Noam Chomsky y Edward Herman nos recuerdan, llevándonos tan lejos como hasta 1979, que “de los 35 países que utilizaron la tortura como base de administración a fines de la década del setenta, 26 eran clientes de los Estados Unidos” (Herman, 2001).



Otra señal de la caída de Norteamérica al barbarismo es la creciente prominencia del estado castigador racial conjuntamente con el pasaje directo de la escuela a la prisión que afecta desproporcionadamente a niños de color, la criminalización de una variedad de problemas sociales, el sistema de encarcelación masiva, la militarización de las fuerzas policiales locales, y la continua utilización de la violencia por parte del estado contra jóvenes disidentes (Alexander, 2012; Davis, 2012). La prisión se ha vuelto el modelo de un tipo de castigo vil que ha impactado en las escuelas públicas en las cuales los jóvenes pueden ser arrestados por violar algo tan trivial como el código de vestimenta (Fuentes, 2013; Giroux, 2009). El modelo punitivo de la cultura de la prisión es también evidente en un número de servicios sociales donde los pobres son puestos bajo constante vigilancia y castigados por infracciones menores (Gurr, 2014; Roberts, 2003). De hecho, a través de la cultura, vemos la militarización de la vida cotidiana en la celebración permanente a los militares, la policía y los fundamentalismos religiosos, los cuales son altamente estimados por el público norteamericano a pesar de su clara naturaleza autoritaria. Esta lista equivale al hecho innegable de que los últimos cuarenta años, los Estados Unidos han lanzado un ataque sistemático no sólo a la práctica de la justicia, sino también a la idea de democracia misma.

Más recientemente, hemos sido testigos del desarrollo de una crisis existencial colectiva, evidente en la desesperanza y la despolitización que ha afectado a gran parte del pueblo norteamericano, particularmente desde el 11 de Septiembre y de la crisis económica del 2008. La crisis económica ahora es acompañada por una crisis de ideas, y muchas personas se han rendido ante la ideología neoliberal al definirse principalmente como consumidores. Esta ideología limita su sentido de agencia y los somete a una penetrante cultura del miedo, los culpa por los problemas que no son su responsabilidad, y los lleva a creer que la violencia es la única fuerza mediadora disponible para ellos. Como las fuerzas neoliberales colonizan la cultura popular y su cociente de placer, las personas son llevadas a asumir que el espectáculo de la violencia es la única forma a través de la cual pueden sentir algo. ¿De qué otra forma se puede interpretar los sondeos que muestran a la mayoría de los norteamericanos apoyando la pena de

muerte, la tortura, la vigilancia del gobierno, la guerra de los drones, el complejo industrial penitenciario, y las políticas escolares de tolerancia cero que castiga a los niños? (Bouie, 2014). La confianza, el honor, la intimidad, la compasión y el cuidado por otros son ahora vistos como una carga, así como el interés personal se ha vuelto más importante que el interés general o el bien común.

En tal sociedad, el egoísmo y la celebración desenfadada del individualismo se convierten, como lo ha argumentado Joseph E. Stiglitz, en “la peor forma de abnegación” (Stiglitz, 2013). Es decir, la terrible consecuencia del neoliberalismo es que transforma en virtud una serie de crisis generalizadas que, a su vez, ocasionan una crisis existencial de agencia personal y subjetividad que socava la vitalidad de la democracia. Dentro del discurso del neoliberalismo, las amplias estructuras sociales, políticas y económicas desaparecen y son reemplazadas por el mantra de la responsabilidad individual. Los individuos ahora son culpados exclusivamente por los problemas que tienen que enfrentar, y quedan inofensivos frente a las grandes formas estructurales de opresión. No hay nada en este modo contemporáneo de culpar y en esta cultura de la crueldad que sugiera que están relacionados con los trabajos internos del fundamentalismo de mercado neoliberal. Es más, la crisis económica intensifica sus peores dimensiones. La fuente de la crisis existencial que sufren muchos norteamericanos yace en las raíces del neoliberalismo, particularmente desde su concepción en la década del setenta, cuando la democracia social demostró ser incapaz de restringir el capitalismo predador y la economía se transformó en la fuerza impulsora de la política, e impuso cada vez más una racionalidad de mercado sobre la totalidad del orden social. Después de la década del ochenta, el neoliberalismo no fue más un patrón de mercado simplemente, sino que se transformó en un patrón para gobernar toda la vida social. Al hacerlo, se ha librado una guerra contra el estado de bienestar, las provisiones sociales, los sindicatos, el bien común, y contra cualquier otra institución en desacuerdo con la lógica de la privatización, la desregulación, y la mercantilización.



Creo que es justo decir, siguiendo a Hannah Arendt, que cada país desarrolla su propia forma de autoritarismo arraigada a las tradiciones históricas, pedagógicas y culturales que permiten que se reproduzca (Arendt, 2006). En Los Estados Unidos, habrá un aumento en la represión de tipo militar para lidiar con las inevitables crisis económicas, ecológicas y políticas que se intensificarán bajo el nuevo autoritarismo. En esta instancia, se apelará ampliamente a la seguridad, fortalecida por una cultura del miedo y un llamamiento intenso al nacionalismo. Una “guerra dura”, que emplea la violencia de estado contra las personas norteamericanas, será reemplazada por una “guerra blanda” librada en el frente cultural, la cual será asistida por las nuevas tecnologías del consumismo y la vigilancia. Habrá un esfuerzo hecho y derecho para reclutar la influencia pedagógica de los diversos aparatos culturales, incluyendo a las escuelas y formas más antiguas de los medios de comunicación, por un lado, y a los nuevos medios y nuevos modos de comunicación digital, por otro. Estas herramientas educativas serán utilizadas para producir aspectos de la personalidad autoritaria, mientras suprimirán cualquier forma colectiva de disenso y lucha tanto como puedan. Bajo esas condiciones, la soberanía del estado será reemplazada de manera permanente por la soberanía de las corporaciones, dando sustancia al espectro del totalitarismo que, como Halberstam afirmó una vez, “persigue el ideal moderno de la emancipación política” (Halberstam, 1999).

La guerra del neoliberalismo contra el estado social ha producido nuevas formas de daño colateral. Como las redes de contención son destruidas y los lazos sociales socavados, el neoliberalismo recae en una versión de Darwinismo social tanto para castigar a los ciudadanos como para legitimar la política de la exclusión y la violencia, al mismo tiempo que convence a las personas que la nueva normalidad es un estado constante del miedo, inseguridad, y precariedad. Al individualizar lo social, todos los problemas sociales y sus efectos son interpretados como errores de carácter individual, arraigados en la falta de responsabilidad individual o, lo que es peor, una forma de psicopatología (Giroux, 2014c). Como las concesiones políticas se vuelven reliquias de un estado de bienestar hace tiempo abandonado,

cualquier sentido colectivo de la imaginación ética y de la responsabilidad social hacia aquellos que son vulnerables o tienen necesidades de cuidado es vaciado para servir a los intereses de los mercados globales. La vida es ahora experimentada como una zona de guerra, con gran cantidad de personas que se consideran descartables, particularmente aquellos que son considerados un lastre para el capitalismo y su eterna búsqueda predatoria por poder y beneficios. La política de lo desechable que acecha, evidente en la ola de medidas de austeridad en Norteamérica y Europa, es una salida sistémica del capitalismo neoliberal al involucrarse activamente en formas de quita de recursos y control social (Giroux, 2014a). En los últimos años, la noción de descartable se ha vuelto uno de los principios organizadores más poderosos del neoliberalismo global, dedicando millones de acuerdo a las leyes del mercado que libran violencia contra el 99 por ciento en nombre de las nuevas élites financieras. Bajo el régimen del neoliberalismo, los norteamericanos viven en una sociedad donde los segmentos de la población que van creciendo son espiados, considerados terroristas potenciales, y sujetos a un modo de anarquía del estado y corporativa en la cual la arrogancia del poder no conoce límites. Como la sociedad norteamericana está ampliamente militarizada, las políticas y prácticas de lo descartable se han vuelto un azote social que considera poblaciones enteras como un exceso que debe ser relegado a zonas de muerte social y abandono, vigilancia y encarcelamiento.

Lo que ha surgido en esta coyuntura histórica particular es la manera en la cual las personas jóvenes, particularmente las minorías jóvenes y pobres y las de bajos ingresos, son ampliamente privadas de un lugar en el ya débil orden social. El grado en el que los jóvenes ya no son vistos como centrales para el futuro de muchas sociedades neoliberales es alarmante. Un indicio de lo que puede llamarse la guerra contra la juventud puede ser visto en la creciente exclusión de los jóvenes de la clase trabajadora de la educación superior. El disparatado aumento de los costos de las matrículas, el desfinanciamiento y la corporativización de la educación superior, y de la creciente carga de la deuda estudiantil, conjuntamente con la amplia grieta en ingresos y riqueza a lo largo de la sociedad entera,



ha abandonado a muchos jóvenes de minorías pobres y de bajos recursos en sitios de exclusión terminal que varían de las escuelas públicas hasta las prisiones.

Lo que necesita ser remarcado es que la creciente corporación de la educación superior ciertamente socavará su rol como esfera pública y democrática, y también como un sitio vital donde los estudiantes puedan aprender a abordar las problemáticas sociales importantes, ser auto-reflexivos, aprender el conocimiento, los valores, las ideas centrales para así profundizar y expandir sus capacidades para volverse agentes críticos y comprometidos. El rol de la educación superior es percibido por los monaguillos neoliberales como peligroso porque tiene el potencial de educar a los jóvenes para pensar críticamente y aprender a sostener el poder responsablemente (Giroux, 2014b). Desafortunadamente, con la universidad corporativa ahora definiendo aspectos del gobierno, el currículo, las finanzas, y los temas académicos, la educación se ha convertido ampliamente en un entrenamiento, en la creación de una clase elitista de gerentes y el destripamiento de esas formas de conocimiento que amenazan el *status quo*. Cualquier materia o tipo de conocimiento que no sirva a las necesidades instrumentales del capital – especialmente aquellas que podrían evocar formas de testimonio moral y acción política colectiva – se considera descartable, sugiriendo que el único valor que vale la pena es el valor de intercambio. La universidad corporativa es la máxima expresión de una máquina de la desimaginación en sus esfuerzos por reducir la práctica pedagógica a una mera transacción comercial, emplear un estilo autoritario de poder de arriba hacia abajo, imitar una cultura del negocio, infantilizar a los estudiantes tratándolos como consumidores, y despolitizar al profesorado al removerlos de todas las formas de gobierno. Como William Boardman afirma, la destrucción de la educación superior por las fuerzas del comercio y las políticas autoritarias es una ilustración triste de cómo los valores democráticos (educar a alguien en sus capacidades, gratis) ha dado lugar a la explotación (transformando a los estudiantes en un centro de beneficio que tiene la ventaja fortuita de alimentar la desigualdad) (Giroux, 2014b).

Como co-conspiradora en el control neoliberal del orden social, la educación superior de hoy no tiene

nada para decir sobre enseñar a los estudiantes a pensar por sí mismos en una democracia, a involucrarse con otros, o a abordar a través del prisma de los valores democráticos la relación entre ellos y el mundo. Por consiguiente, los estudiantes son tratados como mercancías y datos de investigación – o, lo que es peor, como indicadores de la actuación institucional – para ser ingeridos y luego escupidos como potenciales buscadores de empleo para quienes la educación se ha transformado en una mera forma de entrenamiento. Los estudiantes son enseñados a ignorar el sufrimiento humano y centrarse principalmente en el propio bienestar personal, y al realizar ello están siendo educados para existir en un vacío político y moral. La educación bajo el neoliberalismo es una forma de despolitización radical que aniquila la imaginación radical y la esperanza por un mundo más justo, igualitario y democrático.

No puede enfatizarse suficientemente cómo la muerte lenta de la Universidad como centro de creatividad y crítica, fuente fundamental de educación cívica, y conjunto de bienes públicos cruciales, crea las condiciones para la emergencia de una cultura nacional que produce y legitima una sociedad autoritaria. La corporativización de la educación superior puede, de hecho, constituir el más serio ataque contra la democracia. Sin lugar a dudas origina una clase de desconsideración que Hannah Arendt creía estaba en el corazón del totalitarismo (Arendt, 2006). Una mirada de tal desconsideración ha sido demostrada en la Universidad Rutgers, la cual recientemente otorgó un título honorífico a Condolezza Rice mientras se le ofrecía pagarle \$35.000 por dar un discurso de ceremonia de graduación. Este gesto estaba claramente motivado por intereses políticos, sino ¿cómo explicar que se le ha otorgado un título tan prestigioso a alguien que muchas personas consideran una criminal de guerra en potencia?⁴ Este ejemplo es sólo uno de los tantos que revela cómo la educación superior se ha arraigado firmemente en lo que el Presidente Eisenhower una vez llamó el complejo Militar-Industrial-Académico (Giroux, 2007).

Una de las cuestiones más alarmantes respecto del intento de la universidad corporativa por librar una guerra a la educación superior es la continua erosión



del profesorado con dedicación exclusiva, cuya asignación es reducida y reemplazada por instructores de dedicación parcial con mínimo poder, beneficios y seguridad. No sólo son profesores de medio tiempo y sin permanencia en su cargo en los Estados Unidos, desmoralizados al perder de manera creciente sus derechos y poder, sino que también muchos califican para los vales de comidas gratuitos y viven sólo un poco por encima del nivel de la pobreza. Demasiados educadores se encuentran posicionados como trabajadores subalternos al borde del abismo. Como resultado, se vuelven poco dispuestos tanto para abordar los ataques a la universidad como ofuscados acerca de cómo el lenguaje de la especialización o profesionalización los ha coartado, al no poder conectar su trabajo con las más grandes problemáticas cívicas o problemas sociales. Impedidos de desarrollar una relación significativa con una forma de gobierno democrática, el retroceso de la academia de la vida pública deja un vacío ético e intelectual en la educación superior al transformar cada vez más a educadores críticos en defensores de la universidad corporativa.

La gravedad de la disminución del número de intelectuales públicos dispuestos a abordar problemáticas sociales importantes, colaborar con movimientos sociales y utilizar el conocimiento para crear una cultura crítica formativa no puede ser exagerada. Además, el retroceso de los intelectuales en la lucha contra el neoliberalismo y otras formas de dominación es ahora, alarmantemente, coincidente con el crecimiento de los intelectuales anti-públicos que se han vendido al poder corporativo. Aunque las listas son demasiado largas, en una deberíamos incluir los gustos de teóricos culturales como Thomas Sowell, Shelby Steele, y John McWhorter, por un lado, y los archi-defensores del neoliberalismo como Martin Feldstein, Glenn Hubbard, Frederic Mishkin, Laura Tyson, Richard Portes, John Campbell y Larry Summers, por otro.

Estos supuestos intelectuales son los enemigos de la democracia y luchan por imponer subjetividades y valores que toman como verdadera la noción que el capitalismo, y no las personas, es el agente de la historia. No critican la democracia por el bien de mejorarla; en cambio, hacen todo lo que está a su

alcance para debilitar los principios democráticos. Estos intelectuales son atraídos y comprados por la élite financiera y no son más que títeres ideológicos que utilizan sus habilidades para destruir el contrato social, el pensamiento crítico y todas aquellas instituciones sociales capaces de construir los valores no mercantilistas y las esferas públicas democráticas. Su objetivo es normalizar las ideologías, modos de gobierno y las políticas que reproducen desigualdades masivas y sufrimiento para los muchos, mientras generan exorbitantes privilegios para la élite financiera y corporativa. La presencia creciente de tales intelectuales es sintomática del hecho que el neoliberalismo representa una nueva coyuntura histórica en la cual las instituciones culturales y el poder político han cobrado vida en el modelado de la política. Por ejemplo, uno puede argumentar que si la crisis económica no es acompañada por una crisis de ideas es porque la élite corporativa ahora tiene el control de los aparatos culturales dominantes que producen y diseminan ideas, valores e ideologías que trabajan para normalizar ideologías, políticas y prácticas de mercado. Y es precisamente en el frente ideológico que el neoliberalismo ha podido legitimar la noción de que la expresión máxima es el interés propio, que el egoísmo es una virtud, que el consumismo es el acto más noble de la ciudadanía, y que el militarismo es un ideal apreciado.

De hecho, el creciente ejército de los intelectuales anti-públicos que funcionan ampliamente como auxiliares del complejo militar-industrial-académico y que sirven a los intereses de la élite financiera pone en evidencia que el aparato neoliberal de las relaciones pedagógicas se ha vuelto muy extenso – un aparato que privilegia la desregulación, la privatización, la mercantilización, y la militarización de la vida cotidiana. A lo que debemos prestar nuestra mayor atención en este momento de nuestra historia es a que la educación pública y superior no son los únicos dos lugares de la educación. La fuerza educativa de una cultura más amplia se ha vuelto ahora una esfera mayor en la cual identidades, deseos, y formas de acción están siendo modelados. Esto es particularmente verdadero para la cultura popular, que ha sido ampliamente colonizada por las corporaciones y es utilizada para reproducir la cultura del consumismo y al analfabetismo social. La cultura



popular mayoritaria es una distracción a través de la cual las emociones de las personas son conducidas hacia espectáculos, a veces violentos, mientras todos los vestigios de imaginación se sofocan. Secuestrada por los valores neoliberales, la cultura norteamericana ahora promociona en gran medida la idea de que cualquier acto de pensamiento crítico es un acto de estupidez, mientras tanto ofrece la ilusión de acción a través de artilugios como votar en *American Idol*.

Lo que es crucial considerar de la cultura popular es que no se trata simplemente de entretenimiento: también funciona para producir deseos particulares, subjetividades, e identidades. Se ha transformado en uno de los lugares más importantes y poderosos de la educación, o lo que he llamado una forma opresiva de pedagogía pública (Giroux, 2014). El cine, la televisión, la radio, los videojuegos, el diario, las redes sociales, y los medios de comunicación en línea no sólo nos entretienen; son máquinas de enseñar que ofrecen interpretaciones del mundo y funcionan en gran medida para producir un público con horizontes políticos limitados. Ambos crean interés y una sensibilidad masiva que es conducente a mantener ciertos niveles de consenso, mientras que legitiman los valores dominantes, las ideologías, las relaciones de poder, y las políticas que mantienen los regímenes del neoliberalismo.

Hay un número de registros a través de los cuales una cultura popular dirigida por el mercado produce sujetos con deseos de volverse cómplices con su propia opresión. La cultura de la celebridad desploma lo público en lo privado y refuerza un cierto nivel de consumismo precipitado. La cultura de la vigilancia socava la autonomía y está en gran parte interesada en encerrar a las personas en órbitas estranguladoras de privatización y automatización. Una cultura popular militarizada ofrece violencia y un modelo de acción hiper-masculino que constituye tanto un sitio de entretenimiento como una fuerza mediadora a través de la cual se resuelven los problemas. De hecho, la violencia se ha vuelto el elemento más importante del poder y la fuerza mediadora que impacta sobre las relaciones sociales. La publicidad que infunde todos los elementos de la cultura popular funciona al transformar a las personas en consumidores y sugiere

que la única obligación de la ciudadanía es comprar. Todos juntos, estos elementos trabajan en gran medida como un modo de despolitizar a la población, de distraer a las personas para que no reconozcan sus capacidades como agentes críticos comprometidos y de vaciar la noción de política que demandaría consideración, responsabilidad social, y las demandas del coraje cívico.

Existe sin embargo un costado subversivo de la cultura popular, cuando ésta es utilizada como recurso poderoso para delinear y comprometer críticamente la política de lo cotidiano, movilizando narrativas alternativas al capitalismo, y activando aquellas necesidades vitales que producen maneras de subjetividad más críticas y compasivas. Desafortunadamente, como Stuart Hall se lamentó, no hay suficientes pensadores progresistas que adviertan “un sentido de la política como agencia educativa, como modo de cambiar la forma en que las personas ven las cosas” (Hall, 2011). Hall estaba señalando en parte el fracaso de la izquierda de tomar con seriedad el inconsciente político y la necesidad de utilizar los medios, el teatro, las publicaciones en línea, los periódicos electrónicos y otros recursos alternativos. De hecho, el cine, la televisión, los medios sociales, y otros instrumentos de la cultura pueden ser empleados para hacer que la educación sea central a una política emancipadora y completamente comprometida con el desarrollo de una cultura democrática formativa. Hay un enorme valor pedagógico en prestar atención a las representaciones opositoras alternativas ofrecidas dentro de los medios dominantes. Lo que está en juego es la necesidad de que los pensadores progresistas no sólo comprendan la cultura popular y los aparatos culturales como modos de ideología dominante, sino también tomen la cultura popular seriamente como una herramienta para revivir la imaginación radical.

Cualquiera con un interés en la supervivencia de la democracia debe del mismo modo cobrar consciencia del rol político de la educación, que moldea como la gente piensa, desea, y sueña, y debe luchar para hacer de la educación una cuestión central para las nuevas políticas. Como un gran número de teóricos, desde Antonio Gramsci y Raymond Williams a Paulo Freire y Stanley Aronowitz han argumentado a lo largo de los últimos cincuenta años, la educación es crucial para

el desarrollo de cualquier formación política radical. Para desafiar al dominio neoliberal sobre la cultura y las instituciones educativas de los Estados Unidos, tal formación necesitaría concebir y desarrollar nuevos programas educativos – extendiéndose desde la creación de periódicos en línea y revistas hasta el desarrollo de escuelas alternativas – como así también lanzar una defensa amplia de aquellas instituciones educativas formales que han actuado históricamente como protectoras de la democracia.

Lo que el presente estado de la educación superior exige es que la izquierda en sus varios registros debe crear sus propios intelectuales públicos en lugares tan dispares como las universidades, las escuelas y los medios en línea- cualquier espacio alternativo donde circula el significado. Estoy completamente de acuerdo con el difunto Pierre Bourdieu cuando insistía que es de enorme importancia política “defender la posibilidad y la necesidad del intelectual” como alguien que es incansablemente crítico del estado existente de las cosas (Bourdieu, 1998). Los intelectuales tienen la responsabilidad de conectar su trabajo con importantes problemáticas sociales, colaborar con movimientos populares e involucrarse en la determinación de las políticas que benefician a toda la gente y no solamente a unos pocos. En el corazón de esta sugerencia está la necesidad de reconocer que las ideas importan en la batalla contra el autoritarismo, y que la pedagogía debe ser central a cualquier noción viable de política y lucha colectiva. Los intelectuales públicos tienen una obligación de trabajar por la paz global, la libertad individual, el cuidado por otros, la justicia económica, y la participación democrática, especialmente en el tiempo de violencia y tiranía legitimadas. No hay una democracia genuina sin una crítica genuina al poder. La mera noción de intelectual público comprometido no es de modo alguno foránea ni una violación de lo que significa ser académico – es central a la propia definición. En pocas palabras, los académicos tienen un deber de ingresar en la esfera pública sin temor por tomar posiciones y generar controversia, funcionar como testigos morales, aumentar la conciencia política y hacer conexiones con aquellos elementos del poder y la política usualmente ocultos a la visión pública. También tienen la obligación de comprometerse en prácticas pedagógicas que renuncian a pensar la

enseñanza como un acto o práctica imparcial. Como Paulo Freire señaló, la pedagogía tiene raíces en la responsabilidad ética de crear las condiciones para que los estudiantes sean reflexivos, conocedores y que sean capaces de conectar el aprendizaje con el cambio individual y social (Freire, 1998). El rol crítico del educador consiste en abordar los problemas sociales importantes, motivar la acción humana en lugar de modelarla, y promocionar la conciencia crítica, la cual significa educar al sujeto para ser crítico y un agente individual y socialmente comprometido. La pedagogía en esta instancia es una práctica ética y política que urge a los estudiantes a ver más allá de ellos, trascender el llamado de privilegiar el interés individual y volverse sujeto en la determinación del poder, los modos de gobierno, la igualdad y la justicia.

La educación superior debe ser ampliamente entendida como una esfera pública democrática – un espacio en el cual la educación permita a los estudiantes desarrollar un sentido entusiasta de justicia profética, reclame su acción política y moral, utilice habilidades analíticas críticas, y cultive una sensibilidad ética a través de la cual aprendan a respetar los derechos de los otros. Lo que está en juego aquí para los estudiantes es crear las esferas públicas alternativas, particularmente con el uso de los nuevos medios para articular sus voces y hacer visibles las ideologías y los modos de conocimiento crítico centrales a sus propias luchas. Pueden luchar por los sindicatos, crear grupos de estudio alternativos, conectarse con los movimientos sociales fuera de la universidad y trabajar con comunidades vecinas para aunar luchas en las cuales ambos tienen intereses, tales como evitar la corporativización de los servicios públicos, los bienes públicos, y la creciente paramilitarización de las fuerzas policiales en los Estados Unidos. También pueden crear sus propios intelectuales públicos dispuestos a escribir para medios alternativos, dar entrevistas en estaciones radiales, y trabajar con los periódicos y editoriales para producir material que inspire y energice su generación y a los otros que luchan por redefinir el significado de democracia.

La educación superior tiene una responsabilidad no sólo de buscar la verdad sin importar donde pueda esto conducir, sino también de educar a los



estudiantes para que la autoridad y el poder sean política y moralmente responsables. La educación superior es una de las pocas esferas públicas que retienen el potencial para sustentar la cultura democrática formativa. Cuando se compromete a comunicar el conocimiento crítico, los valores y el aprendizaje, vislumbra la promesa de la educación de nutrir los valores públicos, la esperanza educada y una democracia sustancial. La democracia impone demandas cívicas sobre los ciudadanos, y tales demandas apuntan a la necesidad de una educación con una base amplia, crítica, y defensora de los valores públicos significativos, la participación en el auto-gobierno y el liderazgo democrático. Solo a través de tal cultura educativa formativa y crítica los estudiantes pueden aprender a volverse agentes individuales y sociales, más que meramente espectadores desinteresados. Es imperativo que las generaciones corrientes y futuras puedan pensar independientemente y actuar sobre los compromisos cívicos que demandan un reordenamiento de acuerdos básicos de poder fundamentales para promocionar el bien común y una democracia significativa.

Quiero concluir enfatizando que es imposible simultáneamente creer en la promesa democrática de la educación superior y rendirse a la normalización de una visión distópica. Uno debe ser realista, ciertamente, pero no desesperar. Tampoco hay lugar en tal optimismo para una utopía romántica. En su lugar, uno debe estar motivado por la fe en la voluntad de las personas para pelear juntos por un futuro en el cual la dignidad, la igualdad, y la justicia importen, mientras que al mismo tiempo se reconozcan las fuerzas represivas que aplastan tal acción colectiva. El poder nunca está completamente del lado de la dominación, aunque, en estos tiempos, la resistencia no es un lujo sino una necesidad. Aquellos que creen en la educación superior y en la democracia tienen que comprometerse con la problemáticas de la desigualdad económica y superar la fragmentación social, desarrollar una formación social internacional para la democracia radical y la defensa del bien público, emprender modos de financiar actividades opositoras y evitar la influencia corrupta del poder corporativo, tomarse seriamente la naturaleza educativa de la política y la necesidad de cambiar el modo de pensar de las personas, y desarrollar una noción amplia de la política y una visión acorde. La historia es abierta, aunque sus puertas se están cerrando rápidamente. Cumpliendo la promesa de la democracia, la educación como una práctica de libertad y las demandas de justicia son el desafío central que debe impulsar la misión y el significado de la educación superior, al enseñar a los jóvenes lo que significa no solamente ser educado, sino también ser social y éticamente responsable unos con otros y con el mundo en toda su extensión.

Referencias

- Alexander, M. (2012). *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*. New York: New Press.
- Arendt, H. (2006 [1963]). *Eichmann in Jerusalem: A report on the banality of evil*. New York, NY: Penguin Classics.
- Boardman, W. (2014). Does an honorary degree relate to free speech? Not much. *Reader Supported News* (May 20, 2014). Disponible en <http://readersupportednews.org/opinion2/277-75/23766-does-an-honorary-degree-relate-to-free-speech-not-much>
- Bouie, J. (2014). Dick Cheney's America: Of course Americans are OK with torture. Look at how we treat our prisoners. *Slate*. En línea: http://www.slate.com/articles/news_and_politics/politics/2014/12/why_americans_support_torture_we_accept_the_abuse_and_cruel_punishment_of.htm
- Bourdieu, P. (1998). *Acts of resistance*. L. Wacquant, Trans. New York, NY: New Press.
- Currie, E. (1997). Market, Crime and Community: Toward a Mid-Range Theory of Post-Industrial Violence'. *Theoretical Criminology* 1, no. 2: 147-172.
- Davis, A. Y. (2012). *The meaning of freedom*. San Francisco, CA: City Lights Books.
- Derber, C. (2013). *Sociopathic Society*. Boulder: Paradigm.
- DiMaggio, A. (2011). *The rise of the Tea Party*. New York, NY: Monthly Review Press.
- Duménil, G. & Levy, D. (2011). *The crisis of neoliberalism*. Cambridge, MA: Harvard University Press
- Feld, G. (2007). *The War on Choice: The Right-Wing Attack on Women's Rights and How to Fight Back*. New York: Bantam.
- Ferguson, C. (2013). *Predator Nation: Corporate Criminals, Political Corruption, and the Hijacking of America*. New York: Crown



Business.

- Freire, P. (1998). *Pedagogy of Freedom*. Boulder: Paradigm.
- Friedman, M. (2002). *Capitalism and Freedom: 40 Anniversary Edition*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fuentes, A. (2013). *Lockdown high*. London, England: Verso.
- Gilens, M. & Page, B. I. (2014). *Testing theories of American politics: Elites, Interest groups, and average citizens*. Princeton, NJ: Princeton University Press. Retrieved from <https://www.princeton.edu/~mgilens/Gilens%20and%20Page%202014-Testing%20Theories%203-7-14.pdf>
- Giroux, H. A. (2007). *The university in chains: Confronting the military-industrial-academic complex*. Boulder, CO: Paradigm.
- Giroux, H. A. (2008). *Against the terror of neoliberalism*. Boulder, CO: Paradigm
- Giroux, H. A. (2009). *Youth in a suspect society*. Boulder, CO: Paradigm.
- Giroux, H. A. (2012). *Education and the crisis of public values*. New York, NY: Peter Lang.
- Giroux, H.A. (2013a). *America's educational deficit and the war on youth*. New York, NY: Monthly Review Press.
- Giroux, H. A. (2013b). *Twilight of the social*. Boulder, CO: Paradigm
- Giroux, H. A. (2014a). Neoliberalism and the machinery of disposability. *Truthout* (April 8). Disponible en <http://www.truth-out.org/opinion/item/22958-neoliberalism-and-the-machinery-of-disposability>
- Giroux, H. A. (2014b). *Neoliberalism's war against higher education*. Chicago, IL: Haymarket Press.
- Giroux, H. A. (2014c). *Zombie politics and culture in the age of casino capitalism* (2nd ed.). New York, NY: Peter Lang.
- Giroux, H. A (2014). *The Violence of Organized Forgetting: Thinking Beyond America's Disimagination Machine*. San Francisco: City Lights Books.
- Greenwald, G. (2014). *No Place to Hide: Edward Snowden, the NSA, and the U.S. Surveillance State*. New York: Metropolitan Books.
- Gurr, B. (2014). *Reproductive Justice: The Politics of Health Care for Native American Women*. New Jersey: Rutgers University Press.
- Halberstam, M. (1999). *Totalitarianism and the modern conception of politics*. New Haven, CT. Yale University Press.
- Hall, S. (2011). The march of the neoliberals. *The Guardian* (Sep. 12, 2011). Disponible en <http://www.guardian.co.uk/politics/2011/sep/12/march-of-the-neoliberals>
- Harvey, D. (2007). *A brief history of neoliberalism*. New York, NY: Oxford University Press
- Hayek, F. (2007). *The Road to Serfdom: Text and Documents--The Definitive Edition*. Chicago: University of Chicago Press
- Hedges, C. (2010). Democracy in America is a useful fiction. *Truthdig*. Retrieved from http://www.truthdig.com/report/item/democracy_in_america_is_a_useful_fiction_20100124#
- Herman, E. S. (2001). Folks Out There Have a 'Distaste of Western Civilization and Cultural Values'. *Center for Research on Globalization*. En línea: <http://www.globalresearch.ca/articles/HER109A.html>
- Leys, C. (2001). *Market driven politics*. London, England: Verso
- Martin, R. (2002). *Financialization of daily life*. Philadelphia, PA: Temple University Press
- Mathis, B. T. (2014). *Hands Up Don't Shoot: Why are African-American young men being gunned down in our Streets*. New York: CreateSpace Independent Publishing.
- McChesney, R. W. (2014). *Digital democracy*. New York, NY: New Press.
- McKay, T. (2014). Princeton concludes what kind of government America really has, and it's not a democracy. *Popular Resistance*. Retrieved from <http://www.policymic.com/articles/87719/princeton-concludes-what-kind-of-government-america-really-has-and-it-s-not-a-democracy>.
- Rios, V. M. (2011). *Punished: Policing the lives of Black and Latino boys*. New York, NY. New York University Press.
- Roberts, D. (2003). *Shattered Bonds: The Color Of Child Welfare*. New York: Basic Books.
- Saad-Filho, A. & Johnston, D. (2005). *Neoliberalism: A critical reader*. London, England: Pluto Press
- Steger, M. B. & Roy, R. K. (2010). *Neoliberalism: A very short introduction*. New York, NY: Oxford University Press.
- Stiglitz, J. E. (2013). In no one we trust. *New York Times*. Disponible en http://opinionator.blogs.nytimes.com/2013/12/21/in-no-one-we-trust/?_php=true&_type=blogs&_r=0



Notas

(Endnotes)

- 1 Este artículo es publicado con la autorización expresa de su autor, quien lo cediera en el idioma original (inglés). Ha sido traducido al habla hispana por Ana Inés Siccardi y Claudia Patricia Cosentino (GIEEC, CIMED, Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina).
- 2 Henry Giroux (Mc Master University) es un crítico cultural estadounidense y uno de los teóricos fundadores de la pedagogía crítica en dicho país. Es bien conocido por sus trabajos pioneros en pedagogía pública, estudios culturales, estudios juveniles, enseñanza superior, estudios acerca de los medios de comunicación y la teoría crítica. Ha publicado innumerables obras y es un intelectual comprometido con la transformación educativa, dentro y fuera de los sistemas escolares. <http://www.henrygiroux.com/>
- 3 Ver informe en: <http://www.intelligence.senate.gov/study2014/sscistudy1.pdf>
- 4 Hasta el New York Times ha pedido el procesamiento por crímenes de guerra a un grupo de oficiales bajo la presidencia de Bush. Ver la Editorial, "Prosecute Torturers and Their Bosses," New York Times (December 21, 2014). En línea: http://www.nytimes.com/2014/12/22/opinion/prosecute-torturers-and-their-bosses.html?smid=re-share&_r=2. También ver : Marjorie Cohn, "Torture Report Confirms Team Bush War Crimes," Global Research (December 17, 2014). En línea: <http://www.globalresearch.ca/torture-report-confirms-team-bush-war-crimes/5420286>; Amy Goodman, "War Criminals Shouldn't Be Honored»: Rutgers Students Nix Condoleezza Rice From Commencement Speech," Truthout (May 2014), en línea: <http://truth-out.org/news/item/23504-war-criminals-shouldnt-be-honored-rutgers-students-nix-condoleezza-rice-from-commencement-speech>.

